

SERIE **Perry Mason**

ERLE STANLEY GARDNER

**EL CASO
DE LA VIUDA
PELIGROSA**



Un caso para el abogado más célebre de la historia.

«El maestro de los escritores de misterio.»

The New York Times

AHORA UNA SERIE EN

HBO
ESPAÑA


ESPASA

ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DE LA VIUDA PELIGROSA

Traducción de Albert Fuentes



Título original: *The Case of the Dangerous Dowager*

© Erle Stanley Gardner, 1944

© por la traducción, Albert Fuentes, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-670-6214-4

Depósito legal: B. 4.001-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Perry Mason observó a la mujer de pelo blanco con el interés que siempre le despertaban los clientes nuevos. Ella le miró a su vez con unos relucientes ojos grises en los que un fuego severo se fue endulzando hasta convertirse en un brillo pícaro.

—No —dijo ella—. No he matado a nadie. O por lo menos no todavía. Pero no crea que soy una anciana pacífica de esas que se sientan al amor de la lumbre y hacen calceta, porque no lo soy. Más sabe el viejo por diablo que por viejo.

El abogado se rio.

—Quizá —dijo— esa chica a la que tanto le gusta jugar en el casino y por la que me ha pedido una cita se ha visto eclipsada por una...

—Viuda —aclaró ella, al ver que Mason dudaba—. No se corte, dígalo. Una viuda peligrosa. Le vi en los juzgados por ese caso del perro aullador, señor Mason. Me gustó porque no dio su brazo a torcer ni una sola vez. Yo también soy una luchadora.

Della Street se dio cuenta de que su jefe la miraba y le dijo a la mujer:

—¿Podría facilitarnos su nombre, edad y dirección para que le abramos ficha en el bufete?

—Me llamo Matilda Benson —explicó la viuda—. Mi dirección es el 1.090 de Wedgewood Drive. Mi edad no es asunto suyo.

—¿Cuánto tiempo lleva fumando puros? —preguntó Mason con curiosidad.

La viuda volvió a mirarle, clavándole los ojos.

—Desde el santo día en que me deshice de todo rastro de convencionalismo.

—¿Y cuándo fue eso?

—Después de la muerte de mi marido, cuando entendí que mis parientes eran unos hipócritas sin carácter. ¿De verdad necesita saberlo?

—Me gustaría informarme un poco sobre sus antecedentes —respondió el abogado—. Continúe. Lo está haciendo usted muy bien. ¿Así que se deshizo de esos convencionalismos?

—Sí, y con los años ha sido cada vez peor. Los parientes de mi marido están convencidos de que merezco la hoguera por bruja. ¡Pero me trae sin cuidado lo que piensen! La gente se pasa todo el santo día hablando del miedo que le da morir. Pues bien, la gente a la que le da miedo vivir es muchísimo peor, esa gente que va por la vida como si cubriera el expediente por puro convencionalismo. Mis parientes creen que fui yo quien llevó a Sylvia por la mala senda y...

—¿Quién es Sylvia? —la interrumpió Mason.

—Mi nieta.

—¿Casada?

—Sí, con Frank Oxman. Y tienen una hija, Virginia. La niña tiene seis años.

—Entonces ¿es usted bisabuela? —preguntó Mason.

La viuda, satisfecha, dio una calada a su gran puro.

—Sí —reconoció—. Lo soy.

—Cuénteme más cosas sobre los parientes de su marido —le solicitó el abogado—. ¿Ha discutido con ellos?

—No especialmente. Me enfadé con ellos, con lo que representan. Simplemente me rebelé.

—¿Por qué se rebeló?

Ella frunció el ceño con un gesto de impaciencia.

—¿A qué viene tanto interés por mis ideas sobre la vida?

—Porque son interesantes. Quiero hacerme una idea de su trasfondo mental antes de decidir si puedo aceptar su caso.

—Bueno —dijo ella—. Me estoy cobrando parte de la vida que me perdí. Crecí en un ambiente estricto, puritano. Ninguna de las personas que me rodeaban dedicaba el menor tiempo a pasarlo bien. No podían disfrutar de la juventud porque tenían que prepararse para asumir responsabilidades en la vida. Y después no podían divertirse porque debían ahorrar para cuando fueran mayores. Y cuando envejecían se dedicaban a hacer las paces con Dios. Me educaron con esa filosofía de vida. Entonces mi marido se murió y me quedé sola. Recibí algo de dinero del seguro. Lo invertí y no se me dio mal la cosa. Empecé a viajar, abrí los ojos al mundo y pensé que, ya puestos, podía disfrutar de la vida. Tenía más de sesenta años y nunca había vivido de verdad.

»Ahora bebo, soy una deslenguada, fumo puros y hago lo que me da la real gana. Estoy harta de vivir una vida de rutina. Tengo dinero suficiente para hacer las cosas como me apetezca.

—¿Y ahora necesita un abogado? —preguntó Mason.

Ella asintió con gesto repentinamente serio.

—¿Por qué? ¿Se ha metido en algún lío?

—No todavía.

—Pero ¿espera que ocurra?

La viuda apretó los labios y, con gesto pensativo, miró la punta encendida de su puro, sacudió la ceniza con un dedito muy experto y dijo:

—Espero no llegar a tanto.

—¿Exactamente qué es lo que quiere que haga por usted? —quiso saber él.

—¿Conoce a un hombre que se llama Sam Grieb?

—No. ¿Quién es?

—Es un jugador. Regenta El Cuerno de la Abundancia con otro individuo que se llama Duncan. Es un casino flotante, anclado más allá del límite de las doce millas, en aguas internacionales.

—¿Qué ocurre con Grieb? —preguntó Mason.

—Tiene a Sylvia entre la espada y la pared.

—¿Por qué?

—Tiene unos pagarés suyos.

—¿A cuánto asciende la deuda?

—Unos siete mil dólares.

—¿Por qué los firmó su nieta?

—Deudas de juego.

—Y quiere que yo me haga con esos pagarés sin tener que abonarlos...

—Por supuesto que no —le interrumpió ella—. Quiero que pague hasta el último centavo que se les debe. Pero no voy a permitir que me carguen una comisión. Estoy dispuesta a saldar la deuda, no a que me extorsionen.

—¿Me está diciendo que Grieb no está dispuesto a

cancelar los pagarés por su valor nominal? —preguntó Mason desconcertado—. Pero está obligado a hacerlo. Estaría cometiendo...

—No saque conclusiones apresuradas, joven —saltó ella—. Aquí hay mucho más de lo que usted sabe. Y mucho más de lo que voy a contarle. El caso es que Grieb se ha enterado, más o menos por casualidad, de que el marido de Sylvia, Frank Oxman, podría estar dispuesto a abonar más de lo que corresponde por esos pagarés.

—¿Por qué?

—Son pruebas —replicó ella.

—¿Pruebas de qué?

—Pruebas de que Sylvia es una jugadora compulsiva y de que no se le puede confiar dinero.

—¿Y por qué quiere Frank hacerse con esas pruebas?

—Porque sí.

—¿Por qué?

—Creo que no voy a entrar en eso de momento —dijo ella—. Lo único que quiero es conseguir esos pagarés. Le daré el dinero para que los recoja. Si tiene que pagar una comisión, hágalo, pero que no sea excesiva. No soporto el chantaje y menos todavía a los chantajistas.

—Pero usted no me necesita —objetó Mason—. Simplemente, dé el dinero a su nieta y dígale que vaya al casino flotante a recoger los pagarés. Tendrán que entregárselos si ella se ofrece a saldar la deuda.

Matilda Benson negó con la cabeza.

—No quiero ponérselo tan fácil a mi nieta. Quiero darle una lección. Le voy a meter el miedo en el cuerpo. Quiero que sea usted quien recoja esos pagarés y me los dé lo antes posible. Me trae sin cuidado cómo se haga con ellos.

—Mucho me temo que no me interesa —dijo él—. A fin

de cuentas, no es un asunto legal. Seguro que un detective privado podrá ocuparse de esto mejor que yo. Mire, Paul Drake, de la agencia de detectives Drake, trabaja para mí. Es muy competente y de toda confianza. Le llamaré y...

—No quiero un detective —le interrumpió ella—. Lo quiero a usted.

—Pero si me contrata, recurriré a Drake —protestó Mason—. Siempre delego en él estos encargos.

—Me da igual lo que haga y a quién contrate —replicó Matilda Benson—. Eso es asunto suyo. Y no crea que esto será sencillo. Se las verá con un canalla con la inteligencia de un lince y la crueldad de una hiena.

—Me temo que está haciendo una montaña de un grano de arena —dijo Mason.

—No —repuso ella—, es usted quien está haciendo un grano de arena de una montaña. Le daré un anticipo de dos mil quinientos dólares. Le pagaré otros dos mil quinientos cuando tenga en mis manos esos pagarés, siempre que consiga hacerse con ellos sin que mi nombre figure por ningún lado. Y le abonaré todos los gastos, incluidos los honorarios de sus detectives y lo que tenga que pagar por hacerse con esos pagarés. Es un trato justo, ¿no le parece?

Mason frunció el ceño y la observó desconcertado.

—Podría llamar a Grieb y decirle que soy el representante legal de Sylvia y...

—No, porque él se lo diría a Sylvia, y mi nieta no debe enterarse de nada.

—Pero ¿tampoco quiere que Grieb sepa que usted está interesada en este asunto?

—No. Aparte de eso, tiene carta blanca. Puede trabajar a Grieb con la estrategia que le parezca más conveniente. Pero evite por todos los medios que se entere de

que está dispuesto a pagar una comisión, porque entonces le dará largas y tratará de convencer a Frank Oxman de que le haga una oferta más cuantiosa. Y, al final, sería una subasta al mejor postor.

—Eso lo complica todo —reconoció Mason.

—Pues claro que lo complica. No tengo la menor idea de cómo piensa abordar el asunto. Pero si algo sé es que usted es la persona adecuada para enfrentarse a ese par de sinvergüenzas.

—¿No cree que ya habrán hablado con Oxman?

—Todavía no.

Mason bajó la vista con gesto pensativo y se quedó mirando la alfombra. Luego, levantó la mirada y dijo sonriente:

—De acuerdo.

Matilda Benson sacó de su bolso un fajo de billetes de cien dólares.

—Tome. Este dinero le ha de servir para conseguir los pagarés. Tendrá que pagar en metálico. Lo que le sobre inclúyalo en su cuenta de honorarios y gastos.

Mason aceptó el dinero.

—Mi secretaria le dará un recibo, señora Benson, y...

—No quiero ningún recibo —dijo ella.

El abogado la miró inquisitivamente.

—Verá —dijo ella—. Sé perfectamente con quién estoy tratando. En cambio —añadió con una risita—, usted no puede decir lo mismo, señor Perry Mason. ¡Que tenga un buen día!